

EL PROFESOR NECESARIO

Joaquín Criado Costa

Académico Numerario

Excmo. Sr. Presidente, Ilustre Cuerpo Académico, señoras y señores:

En todas las Academias y Reales Academias que conozco —y no son pocas, por razones obvias— al fallecer uno de sus miembros numerarios se le dedica una sesión extraordinaria y pública para dejar constancia fehaciente de la valía y méritos del académico extinto.

Al participar hoy en la del Ilmo. Sr. Enrique Aguilar Gavilán, sentimientos encontrados se agolpan en mi mente y en mi corazón. Sobre todo porque nunca consideré que pudiera yo intervenir en la necrológica del Dr. Aguilar Gavilán, sino más bien todo lo contrario: que fuese él quien interviniese en la mía, por razones de edad y de vitalidad. Pero los hechos suceden a veces así por la voluntad divina.

El profesor Aguilar Gavilán se nos fue de las manos y de la cercanía cuando más necesario era para esta Real Academia, para la Universidad, para Córdoba, para la Cultura con mayúsculas, para sus amigos, para su familia y para sí mismo. Sí, para sí mismo, porque la parca y vieja Átropos cortó el hilo de su existencia cuando más proyectos tenía trazados.

Otros intervinientes en este acto, como el señor decano de Filosofía y Letras, la Dra. García Cano y el profesor Roldán Cañas, que fueron respectivamente primero alumno y luego compañero de claustro, compañera de estudios y que formó parte del equipo rectoral del profesor Domínguez Vilches, han tratado ya aspectos importantes de la vida y obra del doctor Aguilar Gavilán.

Por lo que a mí respecta, quiero resaltar de él su faceta de estudiante, de alumno, de profesor, de investigador, de académico, de artista, de amigo, de esposo, de padre y de abuelo.

Conocí a Enrique Aguilar en el año 68 del pasado siglo, cuando volví a Córdoba como profesor de la desaparecida Escuela Normal, luego Escuela Universitaria de Profesorado de E.G.B.

Él comenzaba la carrera de Maestro y era un virtuoso de la guitarra. Enseguida surgió una amistad entre él y yo, quizá propiciada por el carácter abierto de ambos, amistad que pronto se extendió a otros miembros de nuestras respectivas familias y que se fortaleció con la llegada a Córdoba y al mismo centro docente de la profesora María José Porro Herrera, de la que yo había sido condiscípulo en la Universidad Complutense de Madrid, amén de la amistad de nuestros padres. María José y Enrique no tardaron mucho tiempo en hacerse novios y casarse. De esa manera, María José, extremeña de Fuente del Maestre, se hizo cordobesa para siempre.

Cuando por aquellas fechas se abría el Colegio Universitario de Córdoba, con una sección de Filosofía y Letras, Enrique Aguilar no tardó en matricularse, a la par que lo hicieron otros Maestros que hoy forman en las filas de nuestra Academia.

Ávido de saberes, compaginó sus clases de Maestro en colegios de la capital con las de estudiante de Filosofía y Letras en la rama de Historia, que desde siempre le apasionó.

Al terminar su segunda carrera, siguió compaginando sus clases en colegios con otras en la Facultad, hasta que al ganar la oposición a Profesor Titular pidió la excedencia en el cuerpo del Magisterio Nacional y se dedicó en exclusiva a las clases universitarias, hasta su fallecimiento, que llegó de manera temprana, después de unos años de padecimientos sin desesperación. Porque Enrique Aguilar, en esos años pudo aquilatar el amor de su familia y el aprecio de sus amigos.

Desde años antes, el profesor Aguilar conoció y vivió la Academia —esta Academia que hoy lo recuerda— a través de mí, primero en el tiempo, y de su esposa, algo después, así como de otros amigos y compañeros que ya habían ingresado en ella.

Esa Academia sobre la que rompiendo el dicho popular de que ni están todos los que son ni son todos los que están, dice Jaén Morente en la dedicatoria a la misma de su *Historia de Córdoba* —tan leída, releída y tan copiada—:

Me complace afirmar que no hay en muchos puntos de España un grupo tan selecto de conocedores de su ciudad y amadores de su pretérita gentileza como el grupo cordobés. ¿Cuántos son? Contadlos en la Academia cordobesa. Ahí están todos. Ni uno más ni uno menos, probablemente. Si falta alguno, irá.

Y el profesor Aguilar fue. O vino. Ingresó como Correspondiente el 1 de junio de 1995 y como Académico Numerario leyó su discurso de entrada el 18 de noviembre de 2010.

Siempre tratando temas cordobeses como fruto de sus propias tareas investigadoras, entre las que sobresalió la historia política y sus aspectos demográficos, que llevó a universidades foráneas como la francesa de París VIII–Saint Denis, la alemana de Passau, la italiana de Messina y varias norteamericanas de la zona de Boston, que integran, estas últimas, el Programa de Estudios Hispánicos en Córdoba, PRESHCO. Me cupo la satisfacción y el honor de haber sido testigo de excepción y directo de algunas de sus intervenciones en Boston y en Messina. Todo ello, amén de sus clases en la licenciatura y en el doctorado, en cursos de postgrado y masters, en cursos de Perfeccionamiento del Profesorado y en otros de Verano—como los celebrados anualmente en El Escorial (Universidad María Cristina)— en cursos de Extensión Universitaria y en cursos de Español para Extranjeros.

Toda esta actividad no se entendería si no tenemos en cuenta su propensión a la actividad: no podía estar quieto ni era de los de «a verlas venir».

Cuando la Universidad de Mayores o Universidad de la Tercera Edad o Cátedra Intergeneracional—como se llama en Córdoba— se estableció por primera vez en Andalucía, de la mano del que fue buen amigo mío, el profesor Miguel Guirao Pérez, catedrático de la Universidad de Granada, en nuestra Universidad se encargó la tarea al profesor Francisco Santisteban, siendo el profesor Enrique Aguilar su mano derecha, hasta que al faltar Santisteban pasó Enrique a dirigirla—apoyado por el profesor Blas Sánchez Dueñas—, hasta que ganado el Rectorado cordobés por el doblemente magnífico profesor Eugenio Domínguez Vilches nombró al Dr. Aguilar Secretario General de la Universidad de Córdoba, cargo que ejerció durante cuatro años. Su labor, calificada de excelente, es recordada aún por el claustro y por todos los estamentos universitarios.

No debemos dejar de mencionar sus frecuentes colaboraciones con el Ministerio de Defensa, organizando ciclos y otras actividades para el personal de la Brigada de Cerro Muriano.

Y toda esa actividad, sin abandonar sus clases o incluso atendiendo otras de sus compañeros de Departamento, sin dejar de dirigir trabajos de los alumnos—con los que siempre empatizó—, sin dejar de asistir a congresos científicos, simposios, jornadas, seminarios, etc., como actividades de extensión universitaria, por ejemplo, la colaboración en la catalogación del archivo de la familia Romero de Torres o la dirección de la Fundación de la Caja Rural del Sur.

Por razones obvias, no entro en su concreta labor investigadora y bibliográfica, muy amplia, en libros, monografías, artículos, prólogos, capítulos de libros, etc., ni en sus magníficas biografías de cordobeses de digna memoria.

Voy a terminar, sin pretender ser exhaustivo, con la larga relación de premios, reconocimientos, menciones honoríficas, que nuestro compañero Enrique Aguilar Gavilán recibió en vida: Premio Extraordinario en la licenciatura y en el doctorado, Premio Fin de Carrera concedido por la Obra Cultural del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba, Acceso directo al Cuerpo de Maestros, Premio Cordobés del Año 2016 concedido por el *Diario Córdoba*, homenaje de la Facultad de Filosofía y Letras con motivo de su jubilación... y esto entre otros muchos.

No quiero finalizar mi intervención sin referirme a una de las distinciones que él mas agradeció como fue el nombramiento en el año 2013 de Académico Correspondiente por Córdoba capital de la Real Academia de la Historia, distinción recibida por muy pocos historiadores.

Hace poco más de un año que la cruel ELA (esclerosis lateral amiotrófica) se lo llevó de este mundo después de unos años de sufrimiento, pero en los que pudo comprobar la autenticidad del cariño de su esposa —nuestra compañera la profesora María José Porro Herrera—, de sus hijas, de sus nietos y de sus numerosos amigos, entre los que siempre me conté.

Descanse en paz el hombre bueno, inteligente, trabajador, universitario, académico, que siempre supo ser amigo de verdad.